

ASI CUENTAN...

“ Las minorías étnicas se ven abocadas a la miseria por culpa de la intolerancia mayoritaria. Lo atacable es la miseria y sus complejas situaciones paralelas, nunca las personas que la padecen ”

Un artículo publicado en el diario ABC sobre el asentamiento chabolista de Pies Negros en Madrid, hace reflexionar a la autora sobre la miseria y la pobreza que padece el pueblo gitano y, por consiguiente, su infancia, así como el tratamiento informativo de estas situaciones en algunos medios de comunicación

La marginación de la infancia gitana

Paloma González Loché

EL pasado viernes, 23 de agosto, apareció en ABC un artículo firmado por don Ricardo Domínguez, tan espeluznante como alejado de la objetividad mínima que debió guiar su redacción. En primer lugar, hay mucho de criticable y rebatible en su contenido y creo un deber de responsabilidad hacerlo aprovechando la oportunidad que me ha brindado

AMARÓ GAÓ. En uno de los escabrosos párrafos decía: "Allí conviven payos -la minoría- y gitanos en un ambiente de hacinamiento y aparente pobreza..." -continúa refiriéndose a una fuente- "... el payo apenas se atreve a acercarse a ella, por cuanto siempre la rodean tres o cuatro individuos de mala catadura..." Sin duda, los tres o cuatro individuos de mala catadura a los que se alude en el citado artículo son gitanos. Se trata de una clara alusión por omisión, ya que especifica abiertamente que "el payo apenas se atreve a acercarse a ella...". Si es peligroso mencionar a cualquier persona acudiendo a un distintivo étnico, además de irresponsable por cuanto si la mención es negativa fomenta la generalización de la conducta a todo el colectivo, es todavía más dañino lo que se hace aquí debido a que se introducirá sutilmente la idea en las mentes de que el pobre payo está atemorizado por los individuos de mala catadura (por lógica gitanos, ya que -como decía en el primer párrafo- son los colectivos que conviven juntos). Esto, aparte de estimular el racismo genuino conlleva una irresponsabilidad inconcebible respecto a lo que se entiende por informar.

En primer lugar, una información basada -conceptualmente- en malos y buenos (donde, casualmente, los buenos son los blancos, en este caso los payos, y los malos los gitanos), sinceramente es sospechosa de poca autenticidad, de información fácil. Una información más próxima a la realidad sería decir que los boy buenos descendieron de los que en el pasado quisieron exterminar a los boy malos. Y a pesar de lo cierto de esta última proximidad informativa, el relato de los hechos, de forma más auténtica, deberá ceñirse al contenido de la información. No es un conflicto entre payos y gitanos, es un conflicto entre drogadictos y no drogadictos. ¿No es así? ¿O lo que el autor del artículo pretende insinuar es que los drogadictos y camellos son siempre gitanos cuando alude al payo que no se atreve a acercarse...? Dice el refrán: "tanto va el cántaro a la fuente que se rompe". La autenticidad del artículo tiene, ciertamente,

muchos rotos, demasiados desperfectos y escaso compromiso informativo por basarse en fuentes de tercera mano como: Así cuentan... ¿Quién cuenta? ¿Qué persiguen? ¿Eliminar la droga o eliminar al colectivo gitano?

Dice el mismo artículo, en otro párrafo: "A veces -así cuentan- llegan a arrojar un bebé a la cara de un agente para que éste lo coja al vuelo, mientras otro chiquillo corre con la droga como alma que lleva al diablo". Evidentemente, y después de excluir al payo, cuyo colectivo además, se señaló que era mínimo, de nuevo la asimilación de esta conducta atribuyéndose al colectivo gitano se ha introducido por omisión. Actitud ciertamente poco comprometida para un artículo tan serio como es éste, y cuya repercusión puede echar por tierra incontables esfuerzos, incontables esperanzas de muchas personas, y ¿para qué? ¿por qué?

La omisión es terrible cuando, además, se destaca este dato como reclamo una vez más; esta vez sin indicar así cuentan.

Lo que no se sabe del pueblo gitano es que respeto a la infancia es un condicionante de su propia cultura de supervivencia.

Desde estas páginas quisiera invitar a las personas que hayan tenido oportunidad de leer el artículo que apareció en ABC y piensen que la referida conducta que así cuentan se refería a personas gitanas, que acudan a instituciones de recogida de infancia abandonada o maltratada. Una vez allí, que pidan el número que existe de población infantil gitana y después tendrán una información completa y mucho más exacta de la que, desgraciadamente, en ocasiones, difunde la prensa.

La población gitana padeció el hecho de que sus hijos e hijas de muy corta edad fueran enviados a hospicios -siendo arrebatados a sus progenitores cuando eran bebés, incluso- para aprender a ser personas de bien y odiasen la perversidad de sus orígenes. Este castigo era un imperativo legal que se imponía a los padres gitanos sin oficio en época de la Ilustración. Cabría preguntarse a qué oficio podría acudir la población gitana en semejante marco de crueldad. Cabría preguntarse si era posible conseguir tal oficio. Hablar de este tema, después de más de cuatrocientos años de silencio, es algo que no se podría efectuar en síntesis. La impunidad de las acciones contra la población gitana, debido a la ignorancia en la que debió vivir, y digo debió y no quisio, es algo que se deberá asumir. Esas



Foto: JESUS SALINAS

acciones fueron mucho más crueles e injustificadas que los hurtos y engaños, por otro lado necesarios para sobrevivir, que pueda haber cometido o cometa este colectivo.

Ahora, refiriéndose al auténtico contenido que debió tener el artículo que publicó ABC, habría que hablar de la población gitana y la miseria en la que vive. De la población gitana y de la intolerancia de la sociedad que el pueblo gitano padece y seguirá padeciendo a la luz de artículos como el del señor Domínguez y otros muchos.

La droga ha alcanzado también a la población gitana. No sólo como camellos. El pueblo gitano es hoy víctima del azote de la droga; por cierto, de origen payo. El tráfico en el que incurren no es exactamente igual al payo porque su intervención está en la base, donde se encuentran los camellos. No introdujeron la droga. Los grandes traficantes son payos, no gitanos. Carezco de cualificación que me permita diagnosticar conductas propias de la drogadicción más allá del conocimiento que se tiene en general sobre el tema. Hecha esta salvedad, y tomando como base las múltiples denuncias existentes respecto a los malos tratos

que padece la infancia, la estadística parece asociar muchos de estos casos a síndromes de abstinencia de algunos progenitores, junto a casos de trastornos mentales, etcétera.

Rotundamente afirmo que la población gitana ama a su infancia, a la infancia en general, con respeto profundo. Arrojar bebés sólo será concebible si se asocia a la perturbación mental y, aún así, sólo habría sucedido una vez porque el colectivo actuaría de inmediato para impedir esta repetición. Por ello, quienes "así cuentan", cuentan mal.

Sería bueno que cuando contemos, contemos todo. Sería bueno que contásemos las actitudes y las conectásemos con los orígenes de las mismas. Sería bueno saber que, tal vez, los buenos no lo son tanto, que tal vez lo malo sea creer a ciegas lo que se cuenta. El resto del artículo sería lamentable. Resulta poco aceptable la abundante relación de estereotipos, asociaciones de ideas y reiteración abusiva de conductas asociadas al pueblo gitano. Conductas que pueden ser objeto de réplica sin ninguna duda. Se podría hacer un libro voluminoso explicando todas y cada una de las conductas señaladas -¿un poco de presión?- respeto a la

población gitana en tan destructivo artículo.

La infancia de la miseria merece la preocupación, merece la protección y el efecto cualquiera que sea su origen. A falta de todo esto, lo mínimo exigible es el respeto a una edad en la que aún aprenden y, lamentablemente, poco podrán aprender de este trato.

El escenario está al completo: navajas, robos, leyes de silencio, infancia pervertida, peligrosidad, prostitución, droga, mal vivir. ¿Qué da algo?

Hay otro punto sorprendente en este relato. Este escenario podría servir también para el conocido barrio de Harlem en New York. Si el autor del artículo sustituye el término gitano por negro o puertorriqueño, modificando la alusión al Ratilla por otro niño apodado Little rat, podría matar dos pájaros de un tiro, a la vista de las fuentes informativas en las que pareció basarse por la aparente falta de solidez de la investigación mínima que debió realizar para cumplir su función informativa.

A decir verdad, este mismo escenario puede trasladarse, en base al "se dice, se cuenta" a Sicilia -versión mafiosa de los bajos fondos- donde cualquier bambino puede venir a sustituir al Ratilla.

Lo cierto es que es un típico escenario de bajos fondos de cualquier lugar. Tal vez se echa de menos un puerto de mar. Es una lástima que en Madrid se tenga que suprimir del cuadro. Pues bien, la auténtica y triste realidad es que toda situación de bajos fondos, donde cabe este tipo de montaje se traduce en miseria, todo tiene cabidas en ese penoso cajón de sastrer.

Las minorías étnicas se ven abocadas a la miseria por culpa de la intolerancia mayoritaria. Lo atacable es la miseria y sus situaciones complejas paralelas, nunca las personas que la padecen. Si recordamos la historia, los negros fueron raptados de sus tierras de origen para hacerlos esclavos en los países donde ahora, como personas libres, son rechazados y enviados a la marginalidad y la miseria.

Los gitanos huyeron de la esclavitud en su país de origen y tuvieron que defenderse de la misma intervención en los países donde se detenían viéndose obligados a sobrevivir al pretendido exterminio. Después de más de cuatrocientos años de lucha por la supervivencia, hoy forman una población condenada a la miseria. Tal vez hablando de la tolerancia, hablemos de los auténticos traficantes de drogas. Tal vez hablemos de cuáles de nuestras actitudes y egoísmos han provocado las miserias ajenas.

En cualquier caso, ¡cuéntense todo!